

LA HERENCIA DE DIOS, CLAVE DE LA VIDA DEL CRISTIANO: LA MISERICORDIA

"No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor, muéveme al verte
clavado en esa cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,

muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiese cielo, yo te amara,
y aunque no hubiese infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera."

Este verso anónimo, a parte de la confianza en que hay un Dios que nos espera, pone de manifiesto lo que es el amor hacia Aquel que se entregó sin medida a la muerte y al sufrimiento para redimir a todo el género humano demostrando así lo que es la verdadera **misericordia**.

En el Nuevo Testamento, en el Evangelio de San Lucas cap.10, 25-37, en la parábola de Jesús sobre el "Buen Samaritano", narra con detalle el hecho que nos lleva a entender lo que es.

El samaritano, rechazado por la ley, en contra de lo que hicieron el escriba y el sacerdote seguidores de ella, **se detiene** al ver al hombre herido y magullado por unos salteadores, **lo atiende** subiéndolo a su cabalgadura, **lo deja al cuidado** del posadero pagándole de inmediato, y **se compromete**, al volver, a abonar el gasto en demasía que pudiera acarrear el hecho de atender debidamente a aquella persona desconocida a la que ha recogido.

CONCEPTO DE MISERICORDIA

A la vista de lo anterior se puede decir con toda seguridad que la misericordia es la capacidad de sentir compasión por toda persona que sufre y, lo más importante, brindarle apoyo.

El enternecimiento y la compasión, son el primer escalón de la misericordia, que se da cuando el corazón y la voluntad del hombre se mueven para hacer algo por la persona que pasa por una situación comprometida, necesitada de ayuda.

La palabra proviene del latín "**misere**" (miseria, necesidad); "**cor**" (corazón), e "**ia**" (hacia los demás).

ACTUALIDAD

En estos momentos, en la sociedad europea en particular, hay un claro ejemplo donde habría que practicar la misericordia sin paliativos, como en la parábola del Samaritano, atendiendo a **los refugiados** que desean ser acogidos y que vienen buscando una vida mejor porque han tenido que salir huyendo de sus países de origen, dejándolo todo. Son auténticos pobres del siglo XXI que se exponen a situaciones extremas de dudosa supervivencia ya que en

sus países tienen muchas posibilidades de perder la vida. Esperan ser ayudados buscando para ello una tierra segura.

Y aquí entra la verdadera responsabilidad, a pesar de las muchas dificultades que muchos países están poniendo para no acogerlos debidamente.

¿QUÉ DICE LA IGLESIA?

El Papa Francisco ha dado, por así decirlo, la salida para este reto que se le plantea al mundo occidental, proclamando el Jubileo de la Misericordia, precisamente para huir de **la indiferencia** de la que nuestra sociedad está saturada, como así lo dice en su Mensaje de la 49 Jornada Mundial de la Paz, del 1 de enero:

“.... la actitud del indiferente, de quien cierra el corazón para no tomar en consideración a los otros, de quien cierra los ojos para no ver aquello que lo circunda o se evade para no ser tocado por los problemas de los demás, caracteriza una tipología humana bastante difundida y presente en cada época de la historia.

Pero en nuestros días, esta tipología ha superado decididamente el ámbito individual para asumir una dimensión global y producir el fenómeno de la **“globalización de la indiferencia”**.

Algunas personas prefieren no buscar, no informarse y viven su bienestar y su comodidad indiferentes al grito de dolor de la humanidad que sufre”.

¿QUÉ SE PUEDE HACER?

“Jesús nos advierte: el amor a los demás – extranjeros, enfermos, encarcelados, que no tienen hogar, incluso a los enemigos –es la medida con la que Dios juzgará nuestras acciones”. (Papa Francisco).

El Papa ya da a entender que llegará un día en que se tenga que dejar todo y aparecer con las manos llenas o vacías ante la presencia de Dios. Se le tendrá que dar cuenta del desprendimiento de nuestra propia vida, (tiempo, ideas, etc.), de nuestros bienes y talentos, en favor de los hermanos necesitados. Para ello, como en el Sermón de la Montaña, se tienen las Obras de Misericordia Corporales como una línea de salida, y que han de ser adecuadas, pero no tergiversadas, a la época actual:

- La visita y cuidado a enfermos, (en hospitales, casa, dedicándoles tiempo, etc.)
- Dar de comer al hambriento, (atención a las necesidades ajenas, salarios justos, trabajos decentes, no limitando la atención solo a la limosna, etc.)
- Dar de beber al sediento: (de amistad, de cultura, de compañía, de escucha, etc.)
- Dar posada al peregrino: (acoger y ayudar, sin reservas, a quienes tengan necesidad de ello).
- Vestir al desnudo: (desprenderse, no ya de lo superfluo, sino de lo necesario, en beneficio de otros, siendo más austeros).
- Redimir al cautivo: (no despreciar al exconvicto, ayudar a otras personas a superar sus situaciones de debilidad a las que puedan estar aferradas).
- Enterrar a los muertos: (dar ánimos y visión de esperanza de vida eterna a enfermos terminales y familia).

En cada obra de misericordia cabe la adaptación de entrega al prójimo que cada persona de buena voluntad entienda más conveniente. Solo hay que salir de la indiferencia y poner a funcionar la inteligencia y el corazón para con-vivir con quienes necesitan ayuda.

La opinión pública es fundamental en el seno de la sociedad, también en el seno de la Iglesia. Pío XII la definía como el eco natural, la resonancia común más o menos espontánea, de los sucesos y de la situación actual. No es infalible ni siempre absolutamente espontánea. La opinión pública se forma y, por ello, necesita información veraz y suficiente.